

mitió que los discípulos seducidos dispusiesen de sus maestros seductores con arreglo á los principios y máximas, que estos les habian enseñado. En aquel instante en qué la razon despejada levantaba el grito, á fin de que se aprovechasen de sus luces, para acudir á su único refugio, y consuelo Jesu-Cristo, sacrificaron hasta sus propios remordimientos, que serán eternos, al servil respeto de la vanidad de sus escuelas. Se estremejian al contemplar el mal que con su valor y esfuerzos habian hecho contra Dios, y habrian dado quanto tenian para poder hacer uso del mismo valor y esfuerzos para volver á Dios; pero no tuvieron mas que el temor, y la debilidad de esclavos. Domados por sus mismos prosélitos, murieron en una impiedad, que su mismo corazon maldecia, y aprisionados con las cadenas, que ellos mismos habian forjado.

En el dia en que baxaron al sepulcro ya no era solo la conjuracion contra el altar, y el odio que habian jurado contra Jesu-Cristo, la heredad que dejaban á sus discípulos. Voltaire, que se habia levantado Patriarca de los sofistas impios, no habia aun salido del mundo, quando ya se vió corifeo de los sofistas rebeldes. Dixo á sus primeros iniciados: destruyamos los altares, y no dexemos al Dios de los cristianos ni un solo templo, ni un solo altar, ni un solo adorador; y sus discípulos no tardaron á decir: rompamos todos los cetros, derribemos todos los tronos, y no les quede á los reyes ni solo un vasallo. De la union de estos principios y máximas habia de nacer aquella doble revolucion, que con las mismas seguras habia de hacer hastillas en Francia los altares de la religion y el trono de sus reyes, y habia de derribar las cabezas de los pontífices y sacerdotes, y la de Luis XVI. amenazando con el mismo destino á todas las iglesias y sacerdotes y á todos los príncipes de la Europa. Ya he manifestado la conspiracion y medios de los sofistas de la impiedad: pero antes de pasar á manifestar la conspiracion de los sofistas de la rebelion, que será en el otro tomo, seame permitido hacer algunas reflexiones sobre la extraña ilusion, que ha causado el filosofismo en las naciones, á la que se debe la mayor parte de los resultados, que ha tenido la secta, y sus maquinaciones.

CAPITULO XIX.

La grande ilusion que ha causado el éxito de los sofistas de la impiedad en su conjuracion contra el altar.

EN esta primera parte de las Memorias sobre el jacobinismo debia yo demostrar la existencia, y poner en descubierta los autores, medios y progresos de una conjuracion (que han formado unos hombres, que se llaman *filósofos*) contra la religion cristiana, sin distincion de católicos ó protestantes, y sin excepcion de aquellas sectas tan numerosas, que se hallan ya en Inglaterra, ya en Alemania, ya en otras partes del mundo y que aunque separadas de Roma, conservan la fe al Dios del cristianismo. Para rasgar el velo, que cubria este misterio de impiedad, debia principalmente sacar mis pruebas de los mismo archivos de los conjurados, es decir, de sus íntimas confidencias, de sus cartas, de sus escritos, y de sus declaraciones. Creo que he cumplido mi palabra, y mas de lo que el lector mas difícil de persuadir podia exigir para tener una verdadera demostracion histórica; pues creo que he elevado mis pruebas hasta la misma evidencia. Ahora se me ha de permitir el que yo me pare un poco en contemplar á los autores de esta conjuracion de la impiedad, y exámine los títulos y derechos que tienen al tratamiento de *filósofos*, sobre el qual, como hemos visto, han fundado todas sus maquinaciones contra Jesu-Cristo, sus ministros y sus templos.

Ilusion y engaño sobre esta palabra filosofía.

No fue el menos peligroso de los artificios, de que se valieron los conjurados, afectar un nombre ó tratamiento que los elevaba al grado de maestros de la sabiduria, y de doctores de la razon. El comun de los hombres se dexa engañar de los títulos, y atiende muchas veces mas á los nombres que á las cosas. Si Voltaire, d'Alembert y sus cómplices hubiesen tomado el título de *incrédulos*, ó de enemigos del cristianismo, habrian alborotado los ánimos y habrian recibido su merecido

pero ellos se dieron el nombre de *filósofos*; y la lástima estuvo en que muchos lo creyeron. Con el nombre de *filósofos*, que se apropiaron pasó á su secta la veneracion y respeto debidos á la verdadera filosofía, y aun en este tiempo, á pesar de todas las maldades y desastres de la revolucion, que se siguió, y que naturalmente debia seguir aquella conjuracion; aun á este mismo siglo de su impiedad y de sus maquinaciones se le da el nombre de *siglo de la filosofía*, y á quantos piensan cómo él en materias religiosas, se les da el tratamiento de *filósofos*. Esta ilusion por sí sola les ha dado, y aun les da tal vez, mas iniciados, que todos los otros artificios de la secta. Mucho interesa, y mas de lo que se piensa, que este prestigio, ilusion y fantasma se disipe. Mientras que se mirará la escuela de los conjurados anti-cristianos como si fuese la de la razon, habrá siempre una multitud de insensatos que se creerán sábios solo con pensar como Voltaire, Federico, d'Alembert, Diderot y Condorcet sobre la religion cristiana, y conspirarán como estos impios contra Jesu-Cristo. Las revoluciones contra Jesu-Cristo llevarán consigo los desastres y las atrocidades contra los tronos y la sociedad. Despues de haber descubierta los juramentos, las maquinaciones y demas artificios de los conjurados, seanos permitido, sin faltar á las obligaciones de historiador, quitarles la mascarilla de su pretendida sabiduria, desengañar á esta multitud de iniciados que aun en el dia pretenden elevarse sobre el vulgo, á causa de la admiracion, que este tributa á la escuela de su pretendida filosofía.

Voltaire y sus sequaces pretendieron que eran sabios, y que los otros les tuviesen por tales, solo por el desprecio con que miraron, y el odio con que persiguieron á Jesu-Cristo: pero es ya tiempo que sepa todo el mundo, que á pesar de su altivéz y orgullo no fueron mas que unos ignorantes. Es tiempo que sepa, que lo vea, y confiese á que punto ha llegado la ilusion y el engaño de los que se han dexado seducir con las magníficas expresiones de *razon*, *filosofia*, y *sabiduria*. Dignense por un momento los seguidores del filosofismo de prestar atencion á las demostraciones que con tanta claridad les hemos puesto delante los ojos, y que merecen se reflexionen. Sepan

que ninguna exágeracion hay quando les decimos: " Vosotros, en la escuela de los conjurados contra Jesu-Cristo, pensabais escuchar los oráculos de la razon; pero no habeis oido mas que liciones del odio delirante; la locura y extravagancia, cubiertas con el manto de la sabiduria, os han alucinado; os ha engañado la ignorancia, porque se apropiaba el nombre de ciencia; habeis estudiado la corrupcion en la escuela de todos los vicios, baxo el nombre de virtud, y estais preocupados de todos los artificios de la maldad, porque que sus agentes se presentaron á vuestros ojos afectando zelo por la filosofía." Para tener derecho de usar de este lenguaje con los iniciados, no disputaré los talentos á su maestro, y solo diré, que si para ensalzarlo me presentan su ingenio poético, responderé, que sobre el Pindo (*), ó á la orilla del Permeso (**), se le permite, que use de la ficcion poética, pero que no dé por verdades, lo que solo son entusiasmos y chimeras de la imaginacion. Quanto mas son del ingenio sus errores, tanto menos me admiro si se unde y pierde, quando se desvia. La estupidez es un extremo, el medio es la razon, y pasando al otro extremo, es delirio. El gigante, en los accesos de una fiebre ardiente, aumentará sus fuerzas mas que nunca; podrá romper cadenas, y arrojar peñascos; pero estos furios, no por eso dexan de ser el espectáculo mas humillante de la razon. En las conspiraciones de Voltaire contra Jesu-Cristo, no puedo alegar en su favor otra escusa, ni puedo prestarle otro homenaje. Los iniciados, que aun en los accesos de frenesí de su maestro Voltaire, le contemplan filósofo, no harán poco si hallan en sí mismos motivos para admirarle, y harán mucho si nos alegan sus derechos á la escuela de la razon.

Ilusion con que se pensó que era filosofía el delirio y odio.

En primer lugar ¿qué cosa es en Voltaire, que se llama filósofo, aquel odio tan extraño, que ha concebido contra el

(*) Monte de Tesalia consagrado á Apolo y á las Musas.

(**) Rio de la Beocia consagrado á Febo y á las Musas.

Dios del cristianismo? Que un Neron haya podido hacer el juramento de acabar con los cristianos y su Dios, no causa dificultad; pues facilmente se concibe, que esta resolucion puede tener cabida en el corazon de un monstruo, solo porque es furioso. Que un Diocleciano haya podido jurar la misma guerra á Cristo, no causa dificultad, atendiendo á la idea que tenia de sus dioses, y á los derechos, que pensaba tener un tirano idólatra para vengar sus gloria, y apaciguar sus iras. Que un Juliano bastante loco, para restablecer el culto de los ídolos, jure tambien aniquilar al Dios del cristianismo, es un delirio, que se explica por otro delirio. Pero que un pretendido sábio, que no cree en los dioses del paganismo, ni en el Dios de los cristianos, que no sabe en que Dios ha de creer, escoja á Jesu-Cristo, para hacerle objeto de todo su odio, de toda su rabia, y de todas sus maquinaciones, no lo entiendo. El que puede, explique este fenómeno de la filosofía moderna; solo puedo decir, que es resolucion de un impio delirante.

Deseos de los verdaderos filósofos.

No pretendo, que todo hombre, que no ha tenido la dicha de creer en la religion cristiana, haya perdido sus derechos á la escuela de la razon. Al mismo tiempo que le compadezco de no haber conocido bastante las pruebas demostrativas de la verdad de esta religion, y la plenitud de la divinidad desu autor, permitiré que le señalen lugar despues de un Epicteto, ó de un Séneca como lo hubo para los sábios antes del cristianismo, al lado de Sócrates, ó de Platon. Pero yo veo en la escuela de esta filosofía de la razon que sus verdaderos discipulos desean que venga el mismo, á quien Voltaire quiere destruir. Veo al mayor de los discipulos de Sócrates suspirar para que venga aquel hombre justo, que puede disipar las tinieblas y dudas de los sábios. Les oigo exclamar: "Que venga pues el que nos podrá enseñar el modo como nos hemos de gobernar para con los dioses, y para con los hombres. Que venga inmediatamente, que estoy dispuesto á hacer, quanto me ordene, y espero que me hará mejor." En estos deseos descubro y reconozco á un filósofo de la razon.

Aun le descubro y reconozco, quando le oigo, que contemplando á este justo por quien suspira, prevé, penetrado de afliccion su corazon, que si este justo llega á dexarse ver sobre la tierra, será denostado por los malvados, herido, apaleado y tratado como el último de los hombres (a). Pero este justo, por quien suspiraba tan ardentemente la filosofía de los paganos, se ha dexado ver sobre la tierra; Voltaire, d'Alembert y sus cómplices lo han denostado, han conspirado y conspiran contra él, le detestan, y han jurado destruirle. Y en vista de esto; ¿puedo yo reconocer que Voltaire, d'Alembert y sus cómplices son hombres de razon y filosofía?

Deseos de Voltaire.

Que se presenten los iniciados de éstos pretendidos filósofos, y que respondan por su maestro; nos limitaremos á decirles y á Voltaire: Si el hijo de Maria no es para vosotros el hijo del Eterno, reconocedle á lo menos por el justo de Platon, y cotejad despues, si podeis, vuestras conspiraciones con la voz de la razon. Si Voltaire no quiere ver el sol, que se eclipsa en el plenilunio, los muertos que resucitan, el velo del templo que se rasga; que venga y mire al mas santo y justo de los hombres, el prodigio de la dulzura, de la bondad, de la beneficencia, el apostol de todas las virtudes, el milagro de la inocencia oprimida, que pide perdon por sus verdugos; y si aun conserva algun rastro de filosofía, que diga ¿de donde se originan esas maquinaciones contra el *hijo del hombre*? ¿Qué, y Voltaire es filósofo? séalo: pero ni si quiera lo es como Judas; pues no dirá, como este traidor, que la sangre de este hombre es la sangre del justo. Él solamente es filósofo como la sinágora de los judios y como su vil populacho; pues grita con aquella y con este, que sea crucificado, que *aplasten el infame*. Si, Voltaire es filósofo como toda esa nacion proscrita y dispersada, pues al cabo de cerca diez y ocho siglos, se encarniza como ella contra el Santo de los Santos; persigue su memoria; une sus silbidos á los silbidos de los judios, sus sa-

(a) *Platon en su segundo de Alcibiades.*

tíras, dicterios, ultrajes, conjuraciones, y rabias á las sátiras, dicterios, ultrajes, conjuraciones, y rabias de la nacion proscrita. No se diga, que este odio de Voltaire solo recae sobre la religion de Jesu-Cristo, y no sobre el mismo Jesu-Cristo; porque todas las sátiras y blasfemias de Voltaire se dirigen á la persona de Jesu-Cristo; su memoria es la que él persigue, y quiere hacer infame; quiere hacer de él un objeto de desprecio, de burla y de escarnio. Quando comete la desvergüenza de llamarle y firmar sus cartas con esta sacrilega expresión: *Christ moqué* (Christo burlado) como él firmaba *écrasez l' infame* (aplástad el infame) (b) ¿de quien se burla y á quien desprecia este frenético, sino á Jesu-Cristo, el Dios, á lo menos de toda virtud, de toda sabiduria y de toda bondad, quando los sofistas no le quisiesen reconocer como Dios de infinito poder?

¿A mas de esto ¿y con que título la razon y la filosofia han de hacer de la religion de Jesu-Cristo, mas que de su persona, el objeto de su conspiracion? ¿Ha ocurrido á algun filósofo, despues de Cristo, la idea de alguna virtud, que esta religion no mande, ó de la qual no subministre exemplares? ¿Hay algun vicio, hay algun delito que esta religion no condene? ¿Por ventura ha visto el mundo algun sábio que nos haya dado preceptos mas santos con motivos mas eficaces? ¿Antes ó despues de Cristo ¿han gobernado en alguna parte del mundo leyes mas propias para hacer felices las familias y los imperios? ¿Acaso las hay en donde los hombres aprendan mejor á amarse? ¿Hay alguna que les obligue con mas rigor á auxiliarse mutuamente con la beneficencia? Que se presente este filósofo que pretende poder añadir á la perfeccion de esta religion; le escucharemos, y juzgaremos su doctrina; pero si el filósofo solo quiere destruirla, ya está juzgado, como Voltaire y sus iniciados; no será otra cosa para nosotros, que un filósofo delirante, ó un enemigo del género humano.

No excusa este delirio el que piensa, que Voltaire y sus iniciados conspirando contra esta religion, solo las habian con-

(b) Carta al Marques d'Argense del 2 de Marzo de 1773.

tra sus altares y misterios, y no contra su moral. En primer lugar, no es verdad que se limitan á ir contra sus templos, y blasfemar su memoria; ya hemos visto, y lo volveremos á ver, que tanto conspiraron contra la virtud y moral de evangelio, como contra los altares y misterios. Pero aun suponiendo que Voltaire solo aborreciese nuestros misterios, qué cosa son, ó que hay en estos misterios que merezca de parte de un filósofo que discurre, el odio y las maquinaciones contra la religion que los cree? Entre todos estos misterios ¿se halla acaso alguno, que fomente, ó proteja los delitos ó defectos del hombre? ¿Que le haga menos bueno para sus semejantes, menos cuidadoso de sí mismo, menos fiel á la amistad, al reconocimiento, á la pátria y á sus deberes? ¿Hay alguno de estos misterios de que no se valga la religion como de un poderoso motivo ya de admiracion y agradecimiento á su Dios, ya de interés de la propia felicidad de cada uno, y ya del afecto á sus hermanos? Este hijo de Dios que espira entre los mas exquisitos tormentos, para abrir las puertas del cielo al hombre, á fin de enseñarle lo que ha de temer, si sus delitos se las vuelven á cerrar; aquel pan de ángeles, que solo se ofrece al hombre purificado de todas sus manchas; aquellas palabras de bendicion, que solo se pronuncian sobre el pecador arrepentido, y pronto á morir antes que cometer un nuevo pecado; aquel aparato y magestad con que se nos representa á un Dios, que ha de venir á juzgar á los hombres, y que destina para su gloria á los que han amado, vestido, sustentando, y socorrido á sus hermanos, y que condena á las llamas inextinguibles el ambicioso, el traydor, el tirano, el rico avariento, el mal siervo, el esposo infiel y á todos los que no han amado y socorrido á sus semejantes; y digan: ¿estos misterios merecen el odio de un filósofo? y justifican á los ojos de la razon las maquinaciones contra la religion de Jesu-Cristo?

¿A mas de que, si Voltaire y sus iniciados reusan creer estos misterios ¿qué les importa si los otros hombres los quieren creer? ¿Que acaso les soy mas temible porque creo, que el Dios que me prohíbe hacer daño á mi próximo, es el mismo Dios que me juzgará, y á mi próximo? ¿El Dios que yo ado-

ro, dexa de ser menos terrible para el malo, y menos propicio para el justo, porque yo creo, sobre su palabra, la unidad de su esencia y trinidad de personas? He aqui que el pretexto de Voltaire y sus iniciados, para conspirar contra la religion cristiana á causa de sus misterios, es un verdadero delirio del mismo odio. Estos pretensos filósofos detestan y aborrecen lo que, aunque fuese falso, no podria ser para el incrédulo objeto digno de un odio racional. Pero lo sumo del delirio de estos filósofos está, en que de una parte exáltan, sin cesar, la filosofia tolerante de los antiguos, quienes, sin creer los misterios del paganismo, se guardaban muy bien de quitar al pueblo su religion, y de otra parte no cesan de conspirar contra el cristianismo so pretexto, de que esta religion tiene sus misterios (*). Procuren estos filósofos, que su filosofia sea mas coherente, si quieren que sea para nosotros la escuela de la razon.

La revelacion es para estos filósofos otro pretexto, y al mismo tiempo es para nosotros otra prueba del delirio y extravagancia, que preside á sus maquinaciones. La religion cristiana, dicen, hace hablar al mismo Dios, y quando el hombre ha oido la revelacion, ya no le queda libertad para sus opiniones religiosas; el filósofo, que debe predicar á los hombres la libertad, y la igualdad, está por consiguiente autorizado por toda razon á armarse contra esta religion de Cristo y sus misterios. He aqui su grande argumento; y he aqui nuestra respuesta: Que se abran todas las puertas de la casa de los locos á d'Alembert, á Diderot y á Voltaire cada vez, que en nombre de esta libertad é igualdad convocan á sus iniciados para destruir á Jesu-Cristo, y su religion. Grande es preciso que sea la dosis de heléboro para unos hombres, que siempre hablan de libertad y tolerancia religiosa, jurando al mismo tiempo de aplastar la religion, arruinar los templos, y volcar los altares del Dios de los católicos, de los luteranos, de los calvinistas; de los romanos, españoles, alemanes, ingleses, ru-

(*) Veanse en el Tomo 1. De vera Religione del Abate Bergier, cap. 7. art. 1. § 6. y 7, los símbolos, ó profesiones de fe de los materialistas y deistas.

sos, suecos y de toda la Europa. ¿Y habrá quien crea, que conservan algun vestigio de razon, quando á un mismo tiempo exáltan y recomiendan la libertad de los cultos, y se ocupan en maquinando contra el culto mas universal de las naciones? Hemos visto, que Voltaire convocaba los Belerofontes y Hercules para aplastar el Dios de los cristianos; hemos visto á d'Alembert expresar formalmente sus deseos de ver á toda una nacion *aniquilada*, solo porque persiste en la adhesion á este Dios y su culto; hemos visto en el largo espacio de medio siglo á estos hombres y sus iniciados valerse de todas las asechanzas y artificios para separar el universo de su religion; y quando hablan *libertad, igualdad, tolerancia*, creemos que oímos á filósofos que hablan? Que se mude el significado que hasta el presente han tenido aquellas expresiones; de aqui en adelante *filosofía* no signifique sino *locura*, extravagancia, absurdo; el significado de esta palabra *razon*, sea demencia y delirio, al oír *libertad* de culto, entiendase: *reniega sino te mato*; quando dirán *igualdad*, se debe entender que el filósofo siempre ha de subir, y el cristiano siempre ha de bajar. Quando aquellas palabras tengan estos significados, tendré á Voltaire, d'Alembert, y sus iniciados por filósofos.

Quisiera no verme en la precision de hablar aqui de Federico rey de Prusia: pero si fue rey, fue rey sofista, y como á tal le toca tener aqui lugar para que se vea, que esta imaginaria filosofia de los impios sabe abatir los reyes hasta igualarlos con el último de sus iniciados. Federico escribió mucho; ¿pero y á que fin escribia? No lo sé. ¿Escribia para engañar el pueblo, ó para engañarse á sí mismo? Que lo resuelva quien puede, aunque creo, que queria lo uno y lo otro; y lo consiguió. Federico, como sus cómplices, escribió algunas veces á favor de la tolerancia, y por esto hubo quien creyó, que era tolerante. Tengo á la vista un periódico inglés *Monthly Review* (revista de mes) de Octubre de 1794. pág. 154. y veo que propone á Federico como un modelo de tolerancia, citando este rasgo de sus escritos: «Nunca causaré molestia á causa de las opiniones en materia de religion; temo mucho las guerras religiosas; he sido bastante feliz, pues ninguna de las

sectas, que hay en mis estados, ha alterado en alguna ocasion el orden civil. Es preciso dexar al pueblo los objetos de su fé, las formas de su culto, y hasta sus preocupaciones; por este motivo he tolerado los sacerdotes y monjes, á despecho de Voltaire, y de d' Alembert, que se me han quejado muchas veces. Respeto mucho á nuestros filósofos modernos: pero á decir la verdad, reconozco que una tolerancia general no es la virtud dominante de estos señores." Sobre esto los periodistas ingleses hacen excelentes reflexiones, oponiendo esta doctrina y sabiduria de Federico á la atróz intolerancia, y ferocidad de los sofistas de la revolucion francesa. Pero yo, que me he visto en la precision de alegar tantas exórtaciones de Federico para aplastar el infame y destruir la religion cristiana; y que me he visto obligado á poner á la vista de los lectores el proyecto trazado, y recomendado por Federico, como médio único para aniquilar la religion, los sacerdotes, los frayles y los obispos; este proyecto, que empieza principalmente con la destruccion de los religiosos y monges, para destruir en seguida, y con menos estorbo el resto de la religion (*); yo que he visto á Federico resolver, que nunca tendria fin la revolucion anti-cristiana, que tanto deseaba, sino por una fuerza mayor, que se necesitaba de una sentencia del gobierno para acabar con ella; y yo en fin, que he visto al mismo Federico, que se lamentaba de que no seria espectador de este momento tan deseado (c); yo, que he visto todas estas pruebas de su intolerancia celebradas por Voltaire, como proyectos de un gran capitan, ¿qué puedo pensar sobre la pretendida sabiduria y tolerancia del rey sofista? Lo mismo que los periodistas ingleses dicen de los sofistas carmañolas, digo del rey sofista: "Quando vemos hombres de esta especie, que nos dan sus acciones, ó su práctica, para que aprendamos la perfeccion de su teoría, no sabemos qual de los dos sentimientos asco ó indignacion ha de prevalecer." Pero no; respetemos al rey,

(*) Vease el cap. 6.

(c) Carta del 24 de Marzo de 1767, y del 13. Agosto de 1775.

aunque sea sofista y recayga nuestra justa indignacion, y desprecio sobre aquella filosofia insensata, que hace de los iniciados coronados y sentados sobre sus tronos lo mismo que de sus maestros en la oscuridad de sus clubs, ó en sus *sanedrins*, y academias secretas, sin que se halle en alguna de estas partes el menor vestigio de un hombre que discurre.

Si hay aun algo que añadir á la locura de estos maestros, es el imbecil orgullo de los iniciados en ocasion, que creían haber conseguido el objeto de sus maquinaciones. Condorcet al ver destruidos en Francia los altares de Jesu-Cristo, celebrando el triunfo de Voltaire exclamó, "Al fin aquí ya es permitido proclamar altamente el derecho, tanto tiempo há desconocido, de sujetar todas las opiniones á nuestra propia razon, es decir, de emplear para escoger la verdad, el solo instrumento, que nos ha sido dado para reconocerla. Todos los hombres aprenden con un cierto orgullo, que la naturaleza no los tenia en manera alguna destinados para creer sobre la palabra de otro. La supersticion de la antigüedad; y el abatimiento de la razon en el delirio de una fé sobrenatural, han desaparecido de la sociedad, como de la filosofia (d)." Quando Condorcet escribia estas palabras, creía sin duda que la razon habia triunfado de la revelacion, y de toda la religion cristiana. Lo iniciados creyeron, y celebraron tambien este triunfo, como si lo hubiese logrado la verdadera filosofia: pero ésta no gemía menos que la religion en aquellas victorias. ¿Y es verdad que los sofistas fueron tan constantes en su conspiracion contra la religion de Jesu-Cristo, para restituir al hombre sus derechos de someter todas sus opiniones á la razon? ¿Y que entiende este sofista por someter todas sus opiniones á la razon? Si pretende decir con esto, que nada se ha de creer, sin que la razon satisfecha, se incline á creerlo, podria muy bien haber omitido sus maquinaciones; pues la religion de Jesu-Cristo no manda que el hombre crea lo que su razon ilustrada le enseña, que no ha de creer. Por esta razon es que se presenta el cristianismo con

(d) Esquisse sur les progrès de l'esprit, époque 9.

todo el aparato de sus pruebas y demostraciones; por esta misma razon Jesu-Cristo y sus apóstoles obraron tantos prodigios, á fin de que viese y juzgase lo que debía creer. Por este motivo la misma razon distingue entre lo que se le ha probado y lo que no se le ha probado. La religion en sus anales conserva aquellos monumentos, y sus doctores combidan á todos para que los estudien y reflexionen. Para que la fé sea racional, y no ignorante ó perezosa, exponen con sus discursos las grandes pruebas de esta religion. En una palabra: el precepto de los Apóstoles es: que *la fé y el obsequio sean racionales* (*), esto es, que la fé esté apoyada sobre las averiguaciones, que exige la razon para quedar convencida, *rationabile obsequium vestrum*. ¿Y cree el sofista, que hay necesidad de sus maquinaciones para que la razon conserve todos sus derechos, quando dá asenso á la religion? Que estudien la religion, y ésta les enseñará, que su Dios es el Dios de la razon; la religion empieza por confirmar todas las verdades y todos los derechos de la razon; y si á su conocimiento natural añade verdades, que son de otro orden, sabe que al sábio no le convencen los sofisma é ilusiones, y que le convencen, y deben convencer las pruebas multiplicadas del poder, santidad, sabiduria, y sublimidad de Dios, que le hablan, y de la autenticidad de su palabra.

Y si el sofista, por aquel derecho de someter todas las opiniones á su razon, entiende, que nada se ha de creer, sino lo que concibe la razon, y dexa de ser misterioso para ella; el objeto de su conspiracion está aun más inmediato al delirio. Con este nuevo derecho el hombre no podrá creer, que hay un sol que le ilumina; una noche que le rodea de tinieblas, hasta que su razon comprenda la naturaleza de la luz y su accion sobre el cuerpo y espíritu del hombre dexen de ser un misterio. No podrá creer que el árbol vegeta, que la flor se abre, y adquiere su colorido; no podrá creer que hay movimiento, entés que se reproducen, y se perpetúan de generacion en generacion; nada podrá creer de la naturaleza, ni si-

(*) *Ad Romanos cap. 12.*

quiera su propia existencia; porque toda la naturaleza, la existencia del hombre, su alma, su cuerpo, su mútua union y relaciones son un abismo de misterios. Se sigue pues, que para tener el placer y la gloria de ser incrédulo, es necesario empezar por ser loco y delirante. ¿Y de quanto acá la medida de nuestra inteligencia lo es de las cosas, de sus naturalezas, de su posibilidad, y de su realidad? La razon del sábio verdadero habla de otra manera. Ella me dice, que estando probada la existencia de los objetos, por misteriosos que sean, los debo creer, bajo la pena de ser absurdo; porque entonces creería que existen, porque su existencia está demostrada, y no creería que existen, porque no puedo concebir su naturaleza.

Pero Condorcet celebra aun otro triunfo no menos extraño; celebra el derecho de emplear, para escoger la verdad, el solo instrumento, que nos ha dado la naturaleza. Y si la naturaleza me ha dexado entre tinieblas, ó en la incertidumbre sobre los objetos, que mas me interesan, sobre mi futura suerte, sobre lo que debo hacer para evitar un destino, que temo, y para alcanzar una felicidad que deseo; ¿que he de hacer? El que tenga la bondad de disipar las tinieblas de mi ignorancia ó incertidumbre, ¿violará mis derechos? Pues y porque no dice el imbecil sofista, que el ciego tiene derecho á atenerse al solo instrumento, que le ha dado la naturaleza y que nunca debe guiarse por el que tiene ojos? ¿Porque no dice, que el ciego ha aprendido con un cierto orgullo, que la naturaleza no le ha destinado á creer bajo la palabra de otro, que hay luz? ¿Y es filosófico este orgullo del sofista? Cree abatida su razon por la fé sobrenatural, y cree que el cristianismo deprime la razon elevándola sobre todo lo de este mundo. Cree que el Dios de los cristianos envilece y abate al hombre hablándole de sus eternos destinos, quando le conserva la memoria de sus maravillas en prueba de su palabra. ¿Y esta pretension ha sido el grande motivo, que ha tenido para conspirar contra el cristianismo? ¿Se atreve aun á nombrar la razon! ¿Y hay quien le haya creído filósofo! ¿Y aun hay quien se dexa seducir con este engaño! Pero volvamos á sus maestros Voltaire, d' Alem-

bert y Diderot. Es preciso descubrir en sus iacitados á unos miserables seducidos por la ignorancia mas crasa, decorada con el título de filosofía; para esto no necesito sino de atenerme á las declaraciones mas formales y correspondencias mas íntimas de estos pretensos filósofos.

Ilusion de la ignorancia.

¿Hay un Dios? ó no le hay? ¿Tengo una alma capaz de salvacion? ó no la tengo? Esta vida ¿la debo consagrar toda á los intereses presentes? ó he de pensar en una suerte que ha de venir? Y este Dios, esta alma, este destino ¿son lo que oigo decir, ó es preciso que yo crea otra cosa? Hé aquí unas cuestiones, que ciertamente son las elementales de la ciencia verdadera, y de la filosofía mas interesante al género humano, tanto por lo que son en sí mismas, como por sus consecuencias. ¿Y qué responden á todas estas cuestiones tan interesantes los pretendidos sabios, al mismo tiempo que agitan su conspiracion contra Jesu-Cristo? Estos hombres, que se dan por maestros de la sabiduría, de la razon, y de la ilustracion, ¿como se responden mutuamente? Hemos leído sus cartas, y hemos puesto á la vista de los lectores sus mismas expresiones ¿y que han visto? Unos hombres, que pretenden gobernar y enseñar á todo el mundo, hacerse mutuamente la declaracion formal y reiterada de que no han podido conseguir el formar una sola opinion fixa sobre alguno de estos objetos. Si los príncipes y ciudadanos consultan sobre estas cuestiones á Voltaire, este acude á d'Alembert para saber de él si debe creer que tiene una alma, y si hay un Dios. Ambos concluyen la consulta con decir: *non liquet*, no consta, no lo sé. ¿Pues y que filosofía es la de estos maestros tan peregrinos, que no saben resolver las cuestiones elementales de la filosofía? ¿Con que derechos se levantan á maestros del universo, á oráculos de la razon, si su razon aun no ha llegado á las puertas de la ciencia, que enseña las costumbres, los principios, las bases de la sociedad, los deberes del hombre, del padre de familias, del ciudadano, del príncipe, del vasallo, y la conducta y felicidad de todos? ¿Qual es pues su ciencia sobre el hombre,

si ni aun saben lo que es el hombre? ¿Y que instrucciones pueden ellos dar á los hombres sobre sus deberes y mayores intereses, si no saben el destino de los hombres? ¿Y que filosofía es esta, que enseña que no se puede saber, lo que mas importa saber, quando los que no siguen su filosofía lo saben?

D'Alembert para ocultar lo vergonzoso de su ignorancia absoluta sobre estos objetos, que deben ocupar las primeras atenciones del sábio verdadero, responde: poco importa que el hombre no pueda resolver estas cuestiones sobre su Dios, su alma y su propio destino (e). Voltaire dice, que nada se sabe de estos primeros principios; conviene en que esta perplexidad no es muy placentera, pero se atrinchera en esta incertidumbre, añadiendo, que la seguridad es un estado ridículo, ó de charlatan (f). Hé aquí á lo que se reduce toda la ciencia de estos pretendidos maestros de la razon, y de la filosofía. El uno confiesa su ignorancia, y pretende escusarla con un absurdo; el otro pretende, que nada sabe, y trata de charlatan al que pretende saberlo. ¿Es pues absurdo y ridículo, que yo no me contente con una incertidumbre, que dá tanto tormento! Porque el filósofo d'Alembert no sabe si hay ó no hay un Dios, si tiene ó no tiene un alma, ¿será preciso creer que poco le importa á un hombre saber si todos sus intereses se limitan á algunos dias de esta vida mortal, ó si ha de atender á una suerte por venir, que ha de durar tanto como la eternidad misma? Porque Voltaire atormentado de su ignorancia, no sabe que partido tomar, ¿será preciso que yo desprecie y evite al que me puede comunicar sus luces y libertarme del tormento de esta inquietud habitual! ¿Será preciso que yo aplaste á Jesu-Cristo y al Apostol, que vengan á disipar estas inquietudes y libertarme de dudas sobre mis mayores intereses! Aquí ya no es solo la ignorancia de estos pretendidos maestros, es toda la soberbia y locura de la mayor ignorancia, que pretende detenerme en las tinieblas, porque aborrece la luz.

(e) *Cartas á Voltaire del 25 Julio y del 4 Agosto de 1770.*

(f) *Carta á Federico Guillermo príncipe real de Prusia, del 28 Noviembre de 1770.*